

Los padres, el niño y el analista : encuentros y desencuentrosⁱ

Lic. Beatriz Janin

"Todo sujeto se define necesariamente por la relación con sus imágenes parentales "originarias": está unido a quienes le dieron la vida y estará ligado a ellos por los lazos del incesto y el parricidio, de la sexualidad y la muerte", afirma André Green. (Green, A., 2000, pág. 49).

Incesto, parricidio, sexualidad y muerte... de eso se trata... Del amor y del odio, del narcisismo puesto en juego... de las diferentes máscaras que toma el vínculo padres-hijo, de los avatares del Edipo, de la transmisión a través de las generaciones...

Cuando nos consultan por un niño, se abre un abanico de posibilidades... ¿A quién escuchar? Y no sólo eso, ¿a quién hacer venir, a quién observar, a quién hablar?

En cada consulta hay muchos sufrimientos en juego. Muchas veces, son los padres los que están angustiados o deprimidos, o sintiendo que todo se quiebra, que el mundo soñado se derrumba...

Muchas veces, son ellos los que padecen sentimientos de vergüenza (cuando el mundo externo les señala algo que no está bien en la relación con el niño), de asco (como cuando el niño se hace pis o caca encima, o vomita a repetición), de miedo (cuando lo suponen incontrolable), de angustia (cuando no pueden poner palabras a lo que los inquieta).

Sabemos que los padres son los primeros erotizadores. Seductores inevitables, tocan, besan, abrazan, acunan, pero también frustran, abandonan, prohíben...

Son el primer espejo... de lo que ese niño es para ellos, de lo que querrían que fuese. Es decir, el niño se ve en ellos, en lo que son, en lo que fueron y en lo que desearían ser, en sus éxitos y en sus fracasos, en su poderío y en su impotencia... Y se constituye marcado por esos otros, armando como puede, cuando puede, una historia propia.

Sus relatos, la historia que han armado de esa familia, determinará a ese niño

Pero también hay que tener en cuenta que ese nacimiento, esa irrupción de un otro, acarreará un cimbronazo importante en las vidas de esa mujer y de ese hombre, de esa

ⁱ Directora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA). Profesora de posgrado de la Facultad de Psicología de la UBA. Profesora titular de la Carrera de Psicología de UCES. Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica del Sur.

pareja. Un nacimiento es un acontecimiento, el inicio (y a la vez la culminación) de una historia que revoluciona, inevitablemente, otras historias.

Encuentro entonces, que puede ser desencuentro, y del cual nadie saldrá igual.

El trabajo psicoanalítico con los padres :

En 1980 se hizo un congreso de FEPPRA, en Rosario, sobre Actualizaciones en Psicoterapia. En el mismo, presenté mi primer trabajo sobre este tema : la articulación teoría-clínica en el psicoanálisis con niños. Ahí, tomando los desarrollos freudianos, planteaba la necesidad de incluir a los padres en el análisis de un niño:

"En tanto extensión del psiquismo del niño, los padres están siempre involucrados en el tratamiento de éste. Pero la evaluación del grado de diferenciación yo-mundo externo, del grado de estructuración del aparato psíquico, de la instauración o no de la represión primaria, del grado de desarrollo del proceso secundario y del principio de realidad, nos posibilitará plantear diferentes abordajes en la terapia. Así un infante que depende de la mirada aprobadora o prohibidora del adulto para calificar sus acciones, diferirá de un latente, en que el síntoma muestra el conflicto defensivo y de un púber, en que la irrupción pulsional hace peligrar la organización del aparato....." (Janin, 1980).

Afirmaba allí que, de acuerdo a los tiempos de la estructuración psíquica, podíamos pensar el lugar que otorgábamos a los padres en el tratamiento. Tiempos lógicos que debemos detectar ...

Y también que no sólo, como sostiene Maud Mannoni, (Mannoni, M., 1982) es importante escuchar a la madre, sino que el padre también puede actuar con el niño aquello que no puede decir en el análisis de su hijo y que ubicará al analista en lugar de juez, padre, rival, hijo. Además, así como el niño construye la idea de tener un padre, el hombre conquista el lugar de padre, es decir, que a la paternidad se accede, por lo cual es fundamental su inclusión en el análisis del hijo.

Aprendí tempranamente que abrirle la puerta a los padres no sólo evita que entren por la ventana, sino que es siempre posibilitador de transformaciones.

A lo largo de todos estos años fui pensando no sólo la necesidad del trabajo con los padres sino, fundamentalmente, los efectos que produce y los modos de intervención con ellos.

Para los analistas, los padres suelen aparecer como el mayor obstáculo en el tratamiento de un niño pero también como la garantía de que éste se desarrolle.

Monstruos a vencer o posibilitadores, jueces implacables de nuestro trabajo, escollos en el camino, colaboradores fundamentales, ¿de qué se trata trabajar psicoanalíticamente con los padres?.

Encuentros y desencuentros...

Las entrevistas preliminares:

¿De qué hablamos cuando decimos: “entrevistas preliminares?”.

En “Sobre la iniciación del tratamiento”, Freud afirma: “Quien pretenda aprender por los libros el noble juego del ajedrez, pronto advertirá que sólo las aperturas y los finales consienten una exposición sistemática y exhaustiva, en tanto que la rehúsa la infinita variedad de las movidas que siguen a la de apertura”. Y agrega: “La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica, y hacen posible que un proceder de ordinario legítimo no produzca efecto algunas veces, mientras que otro habitualmente considerado erróneo lleve en algún caso a la meta. Sin embargo, estas constelaciones no impiden establecer para el médico una conducta en promedio acorde al fin”ⁱⁱ.

Y después aclarará en relación a las primeras entrevistas que recomienda como “prueba” para ver si un caso es apto para el psicoanálisis, que “ese ensayo previo ya es el comienzo del psicoanálisis y puede obedecer a sus reglas”ⁱⁱⁱ.

Lo anterior al comienzo mismo del tratamiento se funde-confunde entonces con el tratamiento mismo. Así, tanto Maud Mannoni como Donald Winnicott nos muestran cómo en muy pocas entrevistas puede desarrollarse todo un análisis. Por eso, ¿son entrevistas “preliminares” o son momentos de apertura, que condicionan el juego y van definiendo el terreno, tal como plantea claramente Freud?

¿Cuáles son las características particulares de las entrevistas preliminares cuando se trata de consultas por niños o adolescentes?

Es en ellas donde se va esbozando quién pide y qué es lo que pide, quién sufre y por qué, de qué conflictos se trata, si son intrapsíquicos o intersubjetivos y cuáles son las determinaciones prevalentes.

Algo se va configurando en relación a cómo se fue constituyendo lo que suscita la consulta: ese trastorno en la estructuración subjetiva o ese síntoma^{iv} y cuáles son las condiciones que llevan a que ese funcionamiento se sostenga como tal.

Es en ellas en las que se pueden ir reconociendo, en parte, los avatares pulsionales y defensivos de padres y niños. Y también donde se va poniendo en juego la historia de cada uno, de la pareja, del hijo, las identificaciones y las relaciones transferenciales que se entrecruzan. Pero es sólo un inicio, que puede ir tomando diferentes formas y en el que puede haber sorpresas, cuyo objetivo fundamental es abrir el juego, sin clausurar la partida.

Y esto me parece crucial: prefiero que queden preguntas sin respuesta a que todo parezca concluido, a que se vayan con la ilusión de que ya está todo dicho. ¿Qué puede estar “ya dicho” con un niño o un adolescente?

¿Quiénes consultan?

Las primeras entrevistas con los niños son generalmente con los padres, aunque no siempre sea así. Si me preguntan quién viene a la primer entrevista, yo suelo responder que prefiero que vengan ellos solos, a menos que la consulta sea por un adolescente (en cuyo caso suelo pedir que vengan con él). Sin embargo, siempre dejo abierta la posibilidad de que sea de otro modo. Así, muchas veces, después de haber acordado que vinieran los padres solos, vino la madre con el niño, o la madre con todos sus hijos, o el padre con la abuela... y así combinaciones infinitas.

Recibo a los que llegan y los escucho, porque es el modo en que ellos eligieron presentarse y porque no soy yo la que puede determinar quiénes son los consultantes.

Hace muchos años, me llamó por teléfono una mujer pidiéndome una entrevista para ella y su marido para hablar de su hijo de cinco años. Una hora antes de la entrevista me vuelve a llamar diciéndome que el marido no podía venir pero que ella querría que yo fuera conociendo al niño, si podía venir con él. Le dije que sí, pensando que algo intentaban decir con este movimiento. Cuando abro la puerta, me encuentro con la madre, el niño de cinco años y su hermano, de seis. Entran los tres. Los dos niños comienzan a pelearse mientras la madre habla de la violencia del marido hacia ella. A los quince minutos, toca el timbre el padre, que llegaba “inesperadamente”. Si yo hubiera mantenido un encuadre rígido, negándome a ver a la madre con el niño, esta escena no se hubiera desplegado. Algo hubiera quedado desestimado, expulsado de la situación analítica y hubiese retornado en forma de resistencia.

También, me parece fundamental que sean ellos quienes armen el decurso de la entrevista, siguiendo el orden que quieran. Prefiero no imponer temas ni pautar secuencias, sino posibilitar que se abra un espacio, que lo que sienten y piensan se exprese en ese ámbito. Así, es posible que aparezcan cuestiones tales como el trabajo de uno de los padres, o la historia escolar de otro, o las dificultades en la relación de pareja, como representaciones que insisten, que ocupan un lugar central en sus pensamientos y que marcan el modo en que se vinculan con el niño.

Esto hace que no se pueda predecir de antemano el número de entrevistas, en tanto no sé qué rumbo van a tomar ni cuánto tiempo pueden llevar.

Piera Aulagnier retoma la idea de Freud en relación a los movimientos de apertura como codificables, pero agrega: “la codificación debe tomar en cuenta caracteres que especifiquen la problemática de los sujetos con los que uno juega, así como sus consecuencias sobre la forma que habrá de cobrar su transferencia.”^v. Problemática que hará que los movimientos de apertura sean diferentes, tanto con los niños como con los padres, según la conflictiva que presenten.

Así, sería imposible codificar las primeras entrevistas o hacer enunciados generales o plantear número de entrevistas con los padres y con el niño, y ni siquiera pautar rígidamente la sucesión de las entrevistas.

Podemos tener en cuenta que: 1) que cuando nos consultan por un niño no sabemos por quién se consulta.

2) que hay múltiples transferencias en juego

- 3) que los que piden la consulta están involucrados en aquello de lo que hablan
- 4) que los que consultan siempre piden algo para ellos mismos
- 5) que el motivo de consulta puede ser diferente para cada uno de los padres y también diferente para el niño mismo
- 6) que el modo de decir aquello que les molesta puede tener modos de expresión variables
- 7) que seguramente aparecerán otras cuestiones distintas al motivo de consulta inicial (desacuerdos, dificultades de cada uno de los padres, anudamientos diversos) que llevarán a que ese niño sea ubicado de un modo determinado.

El modo en que encaremos las primeras entrevistas, tanto con los padres como con el niño y con el adolescente, va a determinar en gran medida el curso de las entrevistas posteriores.

Con los niños pequeños me parecen muy importantes las entrevistas vinculares (niño-madre y niño-padre), así como alguna entrevista familiar, que permiten desplegar en el marco del consultorio la dinámica de todo el grupo.

A veces, aquello que los padres no podrían relatar, porque no lo han registrado concientemente, se hace evidente en el espacio analítico. Esto permite retomarlo y trabajarlo con ellos, posibilitando la asunción de determinaciones que de otro modo quedarían ocultas y tardarían mucho más tiempo en develarse. A veces, facilita también la conciencia por parte de ellos de algunos actos y gestos que permanecían opacos, invisibles o eran desestimados o desmentidos.

Las primeras entrevistas con los padres:

Cuando los padres consultan por su hijo, su propia historia infantil se presentifica en esa consulta. Son ellos, y los niños que ellos fueron, los que demandan atención. El narcisismo herido se pone en juego.

P. Aulagnier plantea que la relación del sujeto que consulta con el encuadre “es el calco de la forma que cobra dentro del espacio analítico su relación con la realidad”^{vi}. Podemos retomar esto reflexionando sobre qué es lo que los padres repiten en la relación con el encuadre y en la transferencia con el analista del hijo. Muchas veces, es el vínculo con su propio hijo lo que se repite. Otras, son ellos los niños y el analista queda ubicado como madre/padre. O como un enemigo externo que se entromete en su vida (especialmente cuando la consulta ha sido desencadenada por la escuela o el pediatra y ellos la sienten como una imposición).

Hay que tener en cuenta que madre y padre son sujetos diferentes, con conflictivas propias y funcionamientos psíquicos particulares y que cada uno va a establecer una relación transferencial particular con el analista al que consultan por su hijo. Transferencias y contratransferencias múltiples... El niño jugará con nosotros acercamientos y distancias. Cada uno de sus padres pondrá en juego sus propias y viejas historias en su repetición con el analista. Y nosotros mismos actuaremos, sentiremos, recordaremos con cada uno de ellos trozos de nuestra historia, rediviva en la relación transferencial con ese niño, con esa madre, con ese padre. Trozos diferentes de diferentes historias...

Generalmente, un niño que se “resiste” está sostenido por un adulto que lo avala en sus resistencias. La desmentida de sus dificultades está sostenida por adultos que desmienten. Y la desestimación de sus

fracasos está avalada por otros que desestiman trozos de la realidad. Porque pensar las transferencias de los niños es pensar en las transferencias de los padres, de los abuelos y también en las del analista.^{vii}.

Así, en estos primeros encuentros, va apareciendo el funcionamiento psíquico de cada uno de los padres, las diferentes fantasías con respecto al hijo, el modo en que cada uno construyó una historia de ese niño y las esperanzas y proyectos que cada uno sostiene, así como las expectativas en relación al tratamiento del niño.

Gestos, tonos de voz, van diciendo... si estamos dispuestos a escuchar.

“La primer entrevista suele cumplir un papel privilegiado por su carácter espontáneo, sobre el cual nuestra manera de escuchar, las palabras que pudimos pronunciar, y aun nuestro silencio, no han obrado todavía: y tampoco han movilizad, ni siquiera mínimamente, las defensas, las maniobras de seducción, el movimiento de retirada o de huida hacia delante que provocan mucho antes de lo que creemos”^{viii}.

Una cuestión importante es ver cómo se presentan los padres, si pueden o no percibir el sufrimiento del hijo, si llegan angustiados o enojados, si el acento está puesto en lo que el niño siente o en el efecto que su accionar provoca en los otros.

Hay padres que se confunden con el hijo, no pudiendo abrir un espacio en el que el niño pueda advenir como sujeto, mientras que otros suponen que ese niño es alguien a expulsar de su universo representacional, en tanto ataca la propia imagen. También están los que plantean: “yo me doy cuenta que sufre”.

El que el niño pueda ser ubicado como un semejante diferente es el comienzo de un recorrido en el que un espacio de ser le sea otorgado. Y esto se va plasmando desde las primeras entrevistas.

Inevitablemente, varias historias se despliegan... de los padres, del niño, de los antepasados... Muchas veces, historias escuchadas por primera vez...

El niño suele ser portador de una historia que lo antecede. Es frecuente que se lo identifique con un abuelo o un tío o algún otro personaje de la historia de padre, madre o ambos y que esa identificación lo sumerja en un camino pre-establecido.

Al relatar la historia del niño van apareciendo puntos de convergencia y de diferencia, momentos conflictivos, asociaciones con otras situaciones.

Escuchar ese entramado particular, sin esperar que la historia que nos cuentan sea un relato claro y preciso (¿sería posible que lo fuera?), permite que se muestren las fisuras de la memoria, las grietas, las conexiones particulares que se fueron armando en cada uno.

En cada consulta hay muchos sufrimientos en juego. Muchas veces, son los padres los que están angustiados o deprimidos, o sintiendo que todo se quiebra, que el mundo soñado se derrumba...

Muchas veces, son ellos los que padecen sentimientos de vergüenza, de asco, de miedo, de angustia.

Sabemos que los padres son los primeros erotizadores. Seductores inevitables, tocan, besan, abrazan, acunan, pero también frustran, abandonan, prohíben...

Son el primer espejo... de lo que ese niño es para ellos, de lo que querían que fuese. Es decir, el niño se ve en ellos, en lo que son, en lo que fueron y en lo que desearían ser, en sus éxitos y en sus fracasos, en su poderío y en su impotencia... Y se constituye marcado por esos otros, armando como puede, cuando puede, una historia propia.

Y a la vez la historia que han armado, esa suerte de elaboración secundaria de lo vivido, organizará, dará forma, a las huellas mnémicas del niño, a lo que en él se viene inscribiendo.

Así, se van abriendo vías y ciertas conexiones van quedando al descubierto. Desde las primeras entrevistas, los señalamientos hechos por el analista, así como aquello que ellos "se" escuchan por primera vez, marcan la apertura del trabajo analítico.

Quizás la primera cuestión a tener en cuenta cuando entrevistamos a los padres es que no sabemos de antemano quiénes son ni por quién consultan.

Como psicoanalistas, debemos partir de la idea de que el otro es, fundamentalmente, otro sujeto, un desconocido que podrá evocar en nosotros ciertos sentimientos, ciertas historias pasadas, ciertos personajes de nuestra vida, pero que, ante todo, es otro semejante diferente, alguien que nos habla, como puede, de su sufrimiento. Y que, por más que nos recuerden a otros pacientes, a otras consultas, no será nunca lo mismo, sino que, inevitablemente, habrá algo de lo novedoso, historias a develar, a explorar...

Desde la primer entrevista, el escuchar a los padres como consultantes implica ubicarlos como otros con los que iremos descubriendo deseos, identificaciones, repeticiones...

No tenemos un cuestionario ni una planilla a completar.... Simplemente, somos parte de un encuentro con uno o varios sujetos que se acercan a nosotros a consultar por un tercero: el hijo. Y, como toda consulta, implicará hablar del propio sufrimiento y de quiénes son ellos mismos.

"¿Será igual que el abuelo?". "Es así desde que nació, no hace caso..." "¿Por qué esto a mí?" "Yo creo que se da perfectamente cuenta de que nos molesta con sus gritos, y por eso grita..." "Estamos hartos de que nos llamen de la escuela para quejarse de su conducta." "No soporto más".

Preguntas, pedidos, requerimientos, acusaciones, lamentos, a los que no podremos dar respuesta de inmediato. Y que nos introducirán en un camino de descubrimientos sucesivos... en tanto sus palabras y silencios estarán determinadas por deseos y prohibiciones, mandatos e ideales inconcientes y preconcientes, así como por la representación que tengan del que escucha (a quién le hablan).

Las entrevistas abiertas permiten encuadrar la relación en un marco psicoanalítico, posibilitando el trabajo posterior. Así, queda iniciado un camino en el que se podrá investigar en la historia de cada uno de los padres, en la historia como pareja, en las representaciones que sostienen de sí mismos y de sus hijos, en las fantasías que albergan sobre la maternidad y la paternidad, en el cruce de identificaciones, en los ideales y temores. Se les propone un espacio en el que pueden asociar, recordar, pensar, en el que son escuchados sin prejuicios ni mandatos.

El relato que los padres realicen sobre la vida del hijo es clave para pensar las vías identificatorias que le han sido propuestas a ese niño, los deseos que se han jugado con él, las posibilidades de transmitir o no un deseo de que él viva y crezca.

La idea de futuro, el ubicarlo en un devenir, el poder pensar al hijo siendo él mismo y a la vez otro, abre un espectro de posibilidades.

Con los padres, deberemos evaluar si pueden historizar la vida del niño, fantasear sobre su futuro, a la vez que ubicarlo como ser pasible de modificaciones, logros, avances y como sujeto que sufre. Cuando esto no se da, iremos ayudando a construir esa representación de "otro". Para eso, las entrevistas en las que pueden hablar de

su propia historia, de su propio devenir, de sus sufrimientos y proyectos, son un espacio que abre y "se abre" a las diferencias.

En el vínculo padres-hijos se ponen en juego, en algunos casos, los ideales del ideal del yo, los proyectos inconclusos. Se espera que el niño cumpla lo que los padres no pudieron hacer. Hay allí una idea de futuro.

En otros, lo que se espera es que el hijo cubra ya, en lo inmediato, el agujero dejado por la propia insatisfacción. Debe ser "ya", el niño maravilloso. Es decir, son los ideales del yo ideal los que predominan. Y si no cumple con lo esperado, el derrumbe es absoluto. La escucha del analista debe ser desprejuiciada, teniendo en cuenta que nosotros somos también sujetos marcados por nuestras propias representaciones inconscientes, que se fueron inscribiendo en una historia, que nosotros también sostenemos valores y que estamos marcados por deseos, identificaciones, prohibiciones y mandatos. Y que somos parte de una cultura. Por esto mismo, porque sabemos que estamos regidos por determinaciones que exceden nuestra conciencia, nos disponemos a escuchar sin emitir juicios de valor, sin suponernos poseedores de un saber sobre el modo en que "se debe" criar a un niño.

Fantasías, deseos (inconscientes y preconscious), temores, identificaciones y repeticiones van desplegándose en tanto son escuchados como consultantes. La remisión a esa historia, la descripción de situaciones concretas vividas con el niño y la verbalización de fantasías (en especial acerca de lo que es para ellos ser madre o padre), produce transformaciones en el modo en que el niño es investido e identificado por los otros.

Entrevistas "abiertas":

Cuando hablo de entrevistas abiertas, me refiero a que no hago un interrogatorio siguiendo pautas precisas. Son ellos los que van marcando los hilos de la historia por los que podemos ir viendo la trama que se fue armando.

Pero no realizar un interrogatorio no significa tener una posición pasiva. Las entrevistas de inicio implican una escucha activa, que muestra un analista atento a todo lo que se dice y hace, interesado en lo que se le transmite y que sigue el curso que los que consultan proponen. Winnicott remarca esto cuando habla de la transferencia de los padres con el analista del hijo^{ix}.

Al preguntar sobre lo que los otros relataron, al intentar profundizar en algunas cuestiones mencionadas al pasar (siguiendo la máxima freudiana de tener en cuenta lo que va por "los márgenes"), se van registrando los vacíos, los blancos, aquello que fue omitido en el decir de los padres.

Nadie comunica de entrada los ejes fundamentales de sus padecimientos, pero sí da algunas líneas de aproximación a ellos. Cuando son varios los interlocutores, el modo en que se posicionan, la relación transferencial que se va armando, las resonancias que lo que dicen tiene en el analista mismo, todo va tejiendo un camino... que presupone ya trabajo analítico.

Freud, en "Análisis de una fobia", afirma, dando una clase sobre cómo entender las entrevistas con los padres: "No haremos nuestros ni la comprensible preocupación del padre ni sus primeros intentos de explicación, sino que examinaremos, para empezar, el material comunicado. Es que nuestra tarea no consiste en 'comprender' enseguida un caso clínico; sólo habremos de conseguirlo tras haber recibido bastantes impresiones de él.

Provisionalmente dejaremos nuestro juicio en suspenso y prestaremos atención pareja a todo lo que hay para observar.”^x

Por otra parte, en aquello que los padres transmiten será fundamental tener en cuenta cómo se posiciona cada uno frente al padecer del niño y ante esta situación, siempre difícil, de pedir ayuda para un hijo.

“¿Qué hicimos mal?” “¿En qué nos equivocamos?” “¿Será genético?”.

Muchas veces, parece que no soportaran la angustia y el reclamo sería el de un cierre rápido, de que digamos algo que sea una respuesta unificadora y precisa, que colguemos un rótulo o que les ofrezcamos una solución concreta, para evitar pensar.

En relación al tema del diagnóstico, he dicho muchas veces^{xi} que hacer un diagnóstico es algo muy diferente a colgar rótulos y que esto con los padres es importantísimo: cuando se le dice a los padres que el niño tiene tal o cual patología, lo único que se logra es encerrar al niño en las características que definen a esa patología. Los padres buscarán en los libros (o sobre todo en Internet) y le atribuirán a su hijo todo aquello que aparece como propio de ese diagnóstico. De ese modo, estamos condenando a un niño a cumplir con todas las pautas del diagnóstico dado. Y si bien aparentemente los padres podrían quedar “aliviados” por un “saber” sobre lo que le ocurre al niño, lo que se produce es un “falso saber”, en tanto el acceso que tienen a la información es siempre recortada y en tanto ningún sujeto puede ser pensado solamente desde una descripción de síntomas, sino que lo que le ocurre es efecto de la complejidad de todo el funcionamiento psíquico (cuestión imposible de abarcar en una denominación). Habría que agregar a esto que en un niño la conflictiva, inevitablemente, involucra a los padres y que está a la vez sujeta a transformaciones permanentes.

Por otro lado, si el diagnóstico es de una patología grave, como el de autismo o el de Trastorno Generalizado del Desarrollo (que se están dando con inusitada facilidad), la cuestión se torna mucho más complicada, porque entonces ese niño dejará de ser mirado como tal, para ser ubicado como otro extraño, discapacitado de por vida. Lo que se produce allí es que se desinvieste al hijo para ubicar a un enfermo, un “ser especial” que confirma las peores pesadillas (lo que en padres con cierta tendencia a la depresión puede ser aniquilante).

Por eso las entrevistas preliminares son fundamentales, para “abrir el juego”, para tirar las líneas directrices de lo que después se va a ir dando, a lo largo del tratamiento.

Me parece que tanto para pensar las primeras entrevistas con los padres como con el niño (y también con el adolescente) debemos pensar la complejidad de la estructuración psíquica.

Es decir, pensar que los padres no inciden a través de conductas directas sino que las conductas son efecto de transacciones entre los deseos y las prohibiciones, que habrá repeticiones que no pueden ser relatadas, en tanto hay funcionamientos que no son concientes y que éstas sólo pueden detectarse a través del vínculo transferencial.

Consultar por un hijo implica generalmente una herida narcisista. Herida que genera dolor. Aquel en que se depositaron los sueños, en el que se centraron las expectativas, ¿tiene dificultades? y, además, ellos, los padres ¿no son suficientes para resolver sus problemas?. Un sinfín de ilusiones se derrumban. Ilusión del hijo perfecto, producto de padres ideales. Ilusión de que el modelo de niño se personifique y que colme y calme toda angustia.

Hay padres que llegan a la consulta enviados por otros y en plena desmentida, atribuyendo las dificultades a terceros (maestras, otros niños, etc.), afirmando que no es su hijo el que presenta problemas. Es habitual en estos casos que estén muy enojados, suponiendo una alianza implícita del psicoanalista con aquellos a quienes ubican como “acusadores”. Sin embargo, la desmentida (como coexistencia de dos series de representaciones que se oponen) es una defensa frente al registro de lo intolerable, lo que hace pensar que hay una percepción de la dificultad, pero frente a la misma, aparece otra aseveración que se opone a esa percepción. Esto queda claro a lo largo de las entrevistas, cuando pueden ir planteando lo que les angustia.

Una cuestión que me interesaría remarcar es que a lo largo de estos años, me he encontrado muchas veces con un estilo de padres que parecían inabordables, cuya presentación era: “yo ya sé que estoy mal, pero no quiero meterme en eso.” O: “Yo ya hice varios intentos de terapia, pero ninguno resultó.” Con lo que me encontré, en estos casos, fue, invariablemente, con un nene o una nena desesperados, que suponían que nadie los escucharía, que se los juzgaría y que reclamaban desde un cuerpo de adulto un espacio psíquico, un lugar en el mundo de un otro.

Considero que el psiquismo se constituye en base a vivencias, que es a partir del encuentro de lo pulsional con la realidad psíquica de los padres, que quedan inscripciones, marcas que se organizan y reorganizan de acuerdo a ciertos criterios lógicos. Fantasías primordiales, modos de enlace entre las representaciones, tipos de pensamiento predominante, arman caminos sobre la base de las huellas que dejaron las vivencias. Y entiendo que las vivencias con ambos padres dejan marcas privilegiadas, tanto las vivencias de placer como las de dolor.

En tanto considero que la realidad fundamental para un niño es la realidad psíquica de sus padres, me planteo la necesidad de trabajar con esa realidad psíquica para posibilitar transformaciones en el niño mismo.

Permitirles armar el decurso de la entrevista, escuchar su sufrimiento, tener en cuenta el dolor que está presente en la consulta por un hijo, ayudarlos a recuperar su propia historia y pensar qué desencadenó en ellos la irrupción de este hijo en su vida, posibilitará que se abra un espacio para que el niño arme a su vez él su propia historia.

Pensar que el niño es un sujeto en crecimiento y que instituir como permanente y quieto aquello que está en proceso de cambio puede ser iatrogénico, es fundamental en estos movimientos de apertura.

"¿Le parece que hable sobre mis miedos? ¿Será necesario?", pregunta una mamá que a su vez consulta porque su hijita no se puede separar de ella. "¿Qué tiene que ver mi historia en todo esto?", pregunta un papá cuyo papá falleció cuando él era pequeño. "Nosotros somos una familia normal.... hace años que no hablo con mi papá pero ¿eso qué tiene que ver con que nuestra hija no hable?", dice otro.

Se expresan algunas certezas : "Yo soy la única que decido sobre la vida de mi hijo", dice una madre en un ataque de furia porque le sugiero que el papá puede traerlo al consultorio (dado que ella manifiesta dificultades laborales para traer al hijo a las sesiones). "Yo soy la

única que lo entiende y que sabe lo que le pasa, ¿qué me puede decir usted que yo ya no sepa?".

Y algunas reflexiones : "Me acordé que cuando él era chico mis padres me decían que tuviese cuidado, que si no lo educaba bien, cuando fuera grande iba a hacer cualquier cosa y se me ocurrió que esto podía tener algo que ver". "Yo me llevo muy mal con mi mamá, la odio y tengo mucho miedo que esto se repita con mi hija".

Cuando hablamos de encuentros y desencuentros evocamos situaciones tempranas, un encuentro-desencuentro que, allá en los orígenes, dejó marcas. Marcas que se ponen en juego, que se repiten, que se reorganizan, que se van enlazando en una historia en las entrevistas.

Así, nos encontramos siendo el personaje temido.... idealizado... odiado....Testigo que al atestiguar incide en los avatares del proceso.

Desde las primeras entrevistas, el modo en que los escuchemos va a ir definiendo un modo de trabajo. En tanto no nos consideremos poseedores de la verdad sobre "lo que se debe hacer" con un niño, podremos atender lo que dicen siguiendo el hilo de su discurso, las ligazones que realizan, el modo en que asocian un acontecimiento de la vida del niño con otros sucesos, la forma en que van plasmando diferentes imágenes, impresiones, de su hijo y de ellos mismos.

Vías que se van abriendo y que van permitiendo que ciertas conexiones vayan quedando al descubierto. Desde las primeras entrevistas, los señalamientos hechos por el analista, así como aquello que ellos "se" escuchan por primera vez, marcan la apertura del trabajo analítico.

Las primeras entrevistas :

Cuando los padres consultan por un hijo, la sensación suele ser de desgarró, de muchísimo dolor, de ruptura interna frente al embate narcisista que supone que un hijo tiene problemas. Y si el hijo es aquel que debe cumplir los deseos insatisfechos, los proyectos trancos, la constatación de que hay dificultades que ni el niño ni ellos pueden resolver solos y que necesitan ayuda será vivida generalmente como un golpe insoportable.

Nos encontramos entonces con un dolor muy intenso, con sensaciones de pérdida de una imagen de niño perfecto y con diversos intentos de reparar, modificar o desmentir el problema.

Hay padres que llegan a la consulta mandados por otros y en plena desmentida, atribuyendo las dificultades a otros (maestras, otros niños, etc.), afirmando que no es su hijo el que presenta problemas. Es habitual en estos casos que estén muy enojados, suponiendo una alianza implícita del psicoanalista con aquellos a quienes ubican como “acusadores”. Sin embargo, la desmentida (como coexistencia de dos series de representaciones que se oponen) es una defensa frente al registro de lo intolerable, lo que hace pensar que hay una percepción de la dificultad, pero frente a la misma, aparece otra aseveración. Esto queda claro a lo largo de las entrevistas, cuando pueden ir planteando lo que les angustia.

Quizás la primer cuestión a tener en cuenta cuando entrevistamos a los padres es que no sabemos de antemano quiénes son ni por quién consultan.

Como psicoanalistas, debemos partir de la idea de que el otro es, fundamentalmente, otro sujeto, un desconocido que podrá evocar en nosotros ciertos sentimientos, ciertas historias pasadas, ciertos personajes de nuestra vida, pero que, ante todo, es otro semejante diferente, alguien que nos habla, como puede, de su sufrimiento. Y que, por más que nos recuerden a otros pacientes, a otras consultas, no será nunca lo mismo, sino que, inevitablemente, habrá algo de lo novedoso, historias a develar, a explorar...

Desde la primer entrevista, el escuchar a los padres como consultantes, implica ubicarlos como otros con los que iremos descubriendo deseos, identificaciones, repeticiones... Otros a los que escuchar...

No tenemos un cuestionario ni una planilla a completar.... Simplemente, somos parte de un encuentro con uno, o varios sujetos que se acercan a nosotros a consultar por un tercero : el hijo. Y, como toda consulta, implicará hablar del propio sufrimiento y de quiénes son ellos mismos.

"¿Será igual que el abuelo?". "Es así desde que nació, no hace caso..." "¿Por qué esto a mí?"- "Yo creo que se da perfectamente cuenta de que nos molesta con sus gritos, y por eso grita..." "Estamos hartos de que nos llamen de la escuela para quejarse de su conducta."

"No soporto más".

Preguntas, pedidos, requerimientos, acusaciones, lamentos, a los que no podremos dar respuesta de inmediato. Y que nos introducirán en un camino de descubrimientos sucesivos...

Las entrevistas abiertas, planteadas como un encuentro, permiten encuadrar la relación en un marco psicoanalítico, posibilitando el trabajo posterior. Así, queda iniciado un camino en el que se podrá investigar en la historia de cada uno de los padres, en la historia como pareja, en las representaciones que sostienen de sí mismos y de sus hijos, en las fantasías que albergan sobre la maternidad y la paternidad, en el cruce de identificaciones, en los ideales y temores. Se les propone un espacio en el que pueden asociar, recordar, pensar, en el que son escuchados sin prejuicios ni mandatos.

El relato que los padres realicen sobre la vida del hijo es clave para pensar las vías identificatorias que le han sido propuestas a ese niño, los deseos que se han jugado con él, las posibilidades de transmitir o no un deseo de que él viva y crezca.

La idea de futuro, el ubicarlo en un devenir, el poder pensar al hijo siendo él mismo y a la vez otro, abre un espectro de posibilidades.

Con los padres, deberemos evaluar si pueden historizar la vida del niño, fantasear sobre su futuro, a la vez que ubicarlo como ser pasible de modificaciones, logros, avances y como sujeto que sufre. Cuando esto no se da, iremos ayudando a construir esa representación de "otro". Para eso, las entrevistas en las que pueden hablar de su propia historia, de su propio devenir, de sus sufrimientos y proyectos, son un espacio que abre y "se abre" a las diferencias.

La escucha debe ser desprejuiciada. No es sólo que nos posicionamos como no-jueces, sino que efectivamente nos ubicamos como aquellos que están dispuestos a escuchar sin emitir juicios de valor, sin suponernos poseedores de un saber sobre el modo en que "se debe" criar a un niño.

En lugar de la anamnesis, o entrevista para extraer datos de la historia del niño, que supuestamente serían "objetivos", consideramos fundamental un tipo de entrevista en la que nos interesa el relato que los padres hacen, porque es esa la historia que le transmiten al hijo, es ese el mito que vienen armando en relación a él. Cuando en su relato lo que insiste es el tema de la alimentación, por ejemplo, tendremos que ir abriendo preguntas en relación a esto, a su propia historia de alimentación, a...

Entrevistas con los padres, o con otros adultos, en tanto son ellos los que formulan el pedido...

Si las pensamos como anamnesis, lugar para recabar datos, o situación en que se establece una "alianza", estaremos operando con una teoría de la historia como acumulativa, con una idea de la constitución psíquica que nos lleva a buscar "hechos" traumáticos. Estaremos suponiendo un registro "objetivo" de sucesos y por consiguiente, que los padres funcionan a pura conciencia.

Pero si pensamos que la historia es una construcción retrospectiva de los acontecimientos pasados(;) (.) que el psiquismo se va estructurando signado por vivencias que dejan huellas que se enlazan y reorganizan, que hay otros que erotizan, dan una imagen de sí, son modelos de identificación e imponen normas e ideales(;) (.) que cuando madre y padre hablan, Ello, Yo y Super-yo están en juego(;) (, si pensamos) que aquellos que preguntan(;) piden y se quejan, están a su vez marcados en una cadena de repeticiones, tendremos que pensar que los padres también son consultantes y tendremos que escucharlos psicoanalíticamente.

¿Quiénes hablan? ¿De quién? ¿A quién? "No aprende, se distrae". "Siempre fue inquieto". "Es como el padre". "Siempre le dimos todo". "Me siento culpable..." "¿Qué debemos hacer?". "Tiene que cambiar porque la situación es intolerable". Hay urgencia: "Véalo rápido, hágale un estudio". Y uno puede quedar atrapado en medio de quejas, pedidos, preguntas y suponer que lo que el niño es(,) que uno, mago, lo transforme. Pero en las palabras de los padres una historia de amores y odios se va perfilando. Hay lapsus, contradicciones, olvidos, silencios...

Y es que si la infancia puede ser pensada como una sucesión de traumas cotidianos, en tanto son aparatos psíquicos ya constituidos los que operan sobre ese psiquismo en constitución, si la sexualidad irrumpe desde ese adentro-afuera en un psiquismo sin posibilidades de establecer ligazones mediatizadoras, habría que considerar que el suceso cobra sentido en tanto recuerdo ligado a otros recuerdos. Y entonces, embarazo y parto, alimentación y control de esfínteres(,) se enlazarán a las pasiones, (a los) conflictos, (a las) esperanzas y decepciones que marcan los avatares de la relación(,) irreplicable en su repetición, de esos padres con ese hijo. Ellos propondrán la secuencia(,) y(,) si son escuchados, encadenarán el fracaso escolar a la muerte del abuelo o a las peleas conyugales o al recuerdo de la propia escolaridad. Una cronología se rompe y en (el) lugar de la respuesta: hijo deseado o no deseado(,) (.) iremos entrevistando qué deseos inconscientes sostienen el deseo preconsciente de un hijo; y que si quince días de alimentación a pecho no nos dice demasiado, (cómo aparece) (el cómo aparezca, o la manera en que aparezca) este elemento, las fantasías maternas, los tabúes de alimentación, etc., abrirán vías de enlace.

Si lo que hacemos es desandar caminos para ir haciendo conscientes los deseos, prohibiciones e ideales, hemos renunciado a ese lugar de padres omnipotentes, jueces o magos que conocen el misterio del "niño perfecto" (y sabemos que renunciar al "niño perfecto" implica una idea narcisista de las peores).

Así, si en lugar de molestarnos porque la mamá salta del relato del nacimiento de su hijo mayor al de la hija del medio y de allí a sus propias diferencias con su madre y a la rivalidad con su hermana, mientras el padre la critica duramente(,) si podemos escuchar sin obturar ese discurso, si no hay un número de entrevistas con los padres sino que estas pueden prolongarse el tiempo que sea necesario, podremos ir descifrando las preguntas, las quejas, el qué molesta de este niño. Iremos internándonos en una (o varias) historias. Iremos descubriendo qué lugar ocupa este niño, el juego de identificaciones, cómo se va constituyendo en relación a la transmisión de fantasías, de la comunicación de inconsciente a inconsciente, de preconsciente a preconsciente, del contagio afectivo, de las defensas. Y es que si retomamos el planteo freudiano, en "Análisis Terminable e Interminable", cuando dice "...no debemos exagerar la diferencia entre caracteres heredados y adquiridos como una antítesis, lo que fue adquirido por nuestros antepasados forma, ciertamente, una parte importante de lo que heredamos", podemos preguntarnos si al trabajar con los padres en análisis tempranos no estamos operando sobre el límite mismo de lo constitucional, ya que(,) en la medida que en un comienzo hay un Ello-Yo indiferenciados, las características que se traspasan de padres a hijos constituirán tanto al Ello como al Yo, siendo a su vez transmitidos a través de generaciones.

situación en que se establece una "alianza", estaremos operando con una teoría de la historia como acumulativa, con una idea de la constitución psíquica que nos lleva a buscar "hechos" traumáticos. Estaremos suponiendo que hay un registro "objetivo" de sucesos y por consiguiente, que los padres funcionan a pura conciencia.

Pero si pensamos que la historia se construye y a la vez es una construcción retrospectiva de los acontecimientos pasados; que el psiquismo se va estructurando signado por vivencias que dejan huellas que se enlazan y reorganizan , que hay otros que erotizan, dan una imagen de sí, son

modelos de identificación e imponen normas e ideales ; que cuando madre y padre hablan, Ello, Yo y Superyó están en juego ; que aquéllos que preguntan, piden, se quejan, están a su vez marcados en una cadena de repeticiones, tendremos que pensar que los padres también son consultantes y tendremos que escucharlos psicoanalíticamente.

Fantasías, deseos (inconscientes y preconscious), temores, identificaciones y repeticiones van desplegándose en tanto son escuchados como consultantes. La remisión a esa historia, la descripción de situaciones concretas vividas con el niño y la verbalización de fantasías (en especial acerca de lo que es para ellos ser madre o padre), produce transformaciones en el modo en que el niño es investido e identificado por los otros.

La repetición en juego :

La constitución psíquica se da en una historia que excede al niño mismo, una historia signada por otros que a su vez están sobredeterminados, escindidos.

Hemos dicho muchas veces que una cuestión que marca la especificidad del psicoanálisis con niños es que aquellos que consultan por el niño están implicados en una relación estructurante.

La sexualidad materna marca un cuerpo abriendo caminos, diferenciando zonas, recorridos de placer y de prohibición. La capacidad mediatizadora y continente de la madre posibilita ligar el dolor que irrumpió con la fuerza de un rayo, destruyendo conexiones. Por identificación primaria con un semejante investido especialmente se constituye el yo como yo de placer. La estabilización de la represión primaria, como divisoria intersistémica, es efecto de una larga historia de prohibiciones, en que la madre transmite, en su rechazo a la sexualidad incestuosa, su propio sistema de normas.

Hay ciertas leyes que rigen el modo en que los procesos psíquicos de los padres inciden en los del hijo, como las que nombra Freud: contagio afectivo, transmisión de superyó a superyó, proyección e identificación. Y la transmisión, al decir de Käs¹, puede ser repetitiva o transformadora.

También podemos hablar de una transmisión que se da a través de las generaciones más allá de la genética, que hace que lo no tramitado de los antepasados retorne desde el niño. Así, Freud habla de la constitución sexual como vivenciar pre-histórico, como residuo de vivencias de varias generaciones.

¹ Käs, René,

Los padres suelen repetir con los hijos el vínculo que tuvieron con sus propios padres, los modos de acariciar, de prohibir, fundando en el otro caminos erógenos, privilegiando vías narcisistas, transmitiendo normas e ideales.

En algunos casos, se ponen en juego los ideales del ideal del yo, los proyectos inconclusos. Se espera que el niño cumpla lo que los padres no pudieron hacer. En otros, lo que se espera es que el hijo cubra ya, en lo inmediato, el agujero dejado por la propia insatisfacción. Y también están aquellos que suponen una repetición permanente de la no-salida y esperan del hijo el cumplimiento del vaticinio de fracaso. En estos últimos prevalece un tipo de pensamiento pesimista ("siempre va a ser igual", "es un fracasado") que deja al niño en una red de profecías mortíferas y lo arroja a una disyuntiva difícil de resolver : o confirma con su fracaso la palabra paterna o cuestiona la palabra de los padres, quedándose sin soporte externo.

En cada uno de estos casos, el trabajo psicoanalítico con los padres será diferente. En tanto lo que predomine sea el narcisismo materno-paterno, ellos serán el centro de la escena, los protagonistas a los que habrá que contener, organizar, sostener y, sobre todo, escuchar, ligando su discurso con sus angustias, sus temores y sus deseos, ayudándoles a hacer un reordenamiento de sus ejes identificatorios en el lugar que se dan a sí mismos y le dan al otro. Las intervenciones se centrarán en su sufrimiento y en el modo en que repiten pedazos de su historia.

Los padres suelen reencontrarse en el hijo no sólo con los propios aspectos amados sino también con aquello insoportable de sí, que vuelve desde el otro. En esos casos, el hijo repite lo que se intentó expulsar, que retorna desde lo idéntico no-pensado.

El modo en que reaparece en los hijos lo desestimado, lo desmentido y lo reprimido de los padres, marca diferencias.

Lo reprimido retorna, desde el niño, en forma de síntoma o en funcionamientos que esbozan el armado de un síntoma. Cuando predomina la represión, se transmiten las representaciones reprimidas pero también las normas y prohibiciones que impulsaron la represión, las fallas del mecanismo defensivo, las grietas que deja. Este tipo de repetición posibilita la construcción de fantasías.

Cuando lo que se presentifica en el niño es algo del orden de lo desmentido en los padres, esto aparece como una defensa a ultranza del narcisismo y entonces lo que hace es repetir

ciegamente un mecanismo que lo lleva a actuaciones permanentes. Tiene que sostener la desmentida porque en eso se le va el "ser", lo que lo lleva a una pelea con el mundo a expensas del principio de realidad.

Y si lo que predomina en los padres es la desestimación, el niño pasará a ser la presentificación de lo rechazado, y puede tener un lugar en el delirio paterno/materno, o llenará agujeros representacionales de los otros, lo que lo deja sin pensamiento propio. El niño queda como representante de aquello desestimado, como lo siniestro. Y él mismo se verá en dificultades para sostener pensamientos.

Si, como dicen D. Anzieu, el niño puede pensar en tanto está inmerso en un mundo de pensamientos, en el que es pensado, el trabajo con los padres, como posibilitador de un espacio en el que el niño sea pensado, permite la construcción del "aparato para pensar los pensamientos" en el hijo.

Podemos pensar aquí la pulsión de muerte, como la insistencia de aquello "cuyo objetivo último permanece idéntico: abolir el pensamiento en el vacío de la nada" (4) (Raoul Moury). Lo que se produce a veces es la repetición del vacío, como en algunos trastornos de atención, cuando el problema no es que el niño invierte otros aspectos del mundo de aquellos que el contexto le exige sino que "se borra" y "borra" el mundo.

René Kaës, retomando la teoría de Bion, habla de transmisión de objetos transformables y transmisión de objetos no-transformables. Los objetos transformables suponen que el que los recibe puede modificarlos. Implica el predominio de la represión en aquel que transmite y la posibilidad de ser reincorporados por el psiquismo infantil. (5)

Los objetos transformables forman el material que se transmite de generación en generación, que va sufriendo transformaciones a lo largo de esta transmisión. Por el contrario, los objetos no transformables son como "cosas en sí" que atacan el aparato de pensar y traducir de los miembros de la familia, permaneciendo como objetos enquistados, inertes.

Hay, según este autor, formas vivificantes y erotizadas de la transmisión (así, la transmisión de los deseos, como caminos abiertos en el hijo a partir del erotismo materno-paterno, o la transmisión de ideales como aquello a alcanzar) y también formas y modalidades mortificantes, como la insistencia de la transmisión de lo inerte, de los enquistamientos y las fosilizaciones psíquicas (como cuando lo que se transmite es la imposibilidad de

elaborar un contenido psíquico, o los agujeros dejados por vínculos violentos, o lo inelaborable de una vivencia traumática). Es decir, lo no-inscripto, lo no-representado, lo que está encriptado también se transmite y marca un tipo de repetición en la que no hay transformación alguna ni traducción: queda una marca que insiste en una repetición siempre idéntica a sí misma. Así, lo no metabolizado de los padres suele transmitirse en forma "bruta", en una repetición idéntica. Y cuando el afecto, la idea delirante o la vivencia traumática se transmiten a los hijos, estos repetirán en su vida esos trozos de vida ajenos. Haydée Faimberg afirma que, en estos casos, el psiquismo parece vacío pero en realidad está "lleno" de una historia que corresponde a otro. (8)

Las identificaciones :

Una pareja consulta porque su hija de dos años presenta constipación pertinaz. A lo largo de las sesiones una escena se repite: el reclamo por lo que no se da.

Una pareja consulta porque su hija llora al quedarse en el jardín de infantes....Pero en la medida en que se los escucha pueden ir hablando de que ellos no soportan el crecimiento de sus hijos, que éste presupone para ellos un abandono, una ruptura.

Una pareja llega al consultorio porque su pequeña hija no habla. "Mi papá se fue de casa cuando yo era chica pero de eso no quiero hablar", dice la madre. "Yo con mi padre no me hablo desde hace varios años, pero no quiero ni pensar en eso", afirma el padre. ¿Quién es el portador del silencio, de qué no se puede hablar?. Silencios que se reiteran. ¿De cuántos secretos familiares es portadora esta niña?. ¿Será posible que ella hable sin que los padres puedan comenzar a poner en palabras tanta ausencia?.

A veces, los padres consultan por un niño con el que se identifican totalmente, identificación que borra diferencias y que deja al niño sumido en un "ser" sin ser, en tanto sólo puede existir como fotocopia de alguno de sus progenitores. De este modo, el niño queda inscripto en una repetición en la que él carece de destino propio. La afirmación "Es igual a mí", puede servir tanto para minimizar el sufrimiento del niño como para desconocerlo como sujeto. Pero también puede ser el primer paso para un intento de comprensión del sufrimiento del otro.

Una de las cuestiones centrales en las entrevistas con los padres es permitir el despliegue de las identificaciones : ¿con quién se identifica el niño?, ¿quién es ese niño para ellos?. Hay

infinitas posibilidades, pero vamos a describir algunas : - el niño puede ser confundido con : - otro muerto, - otro odiado, - otro idealizado, y en los tres casos no se lo mira ni escucha. He escuchado afirmaciones tales como: "Ocultó una mala nota. Eso es muy grave. Si miente ahora, que tiene ocho años, es posible que a los veinte termine preso, como el tío". ¿Qué lectura se está haciendo de la situación de un niño de ocho años?. Otra: "Le cuesta aprender a leer. Seguramente, va a tener que ir a una escuela especial, como el hermano mayor". O "Ya a los cuatro años me domina, es violento como era mi papá. Yo no puedo con él". Así, se le atribuye a un niño un destino ajeno y no se le da otra salida. La afirmación inconciente : "él es otro", opera como enunciado desubjetivizante. Si uno sólo es actor de una historia que ya se encuentra escrita y sólo puede cumplir con el papel asignado, la subjetividad se borra.

Y esto sólo puede engendrar fracasos, lo que incrementa en los padres la decepción y el odio.

Los padres en los que predomina la conflictiva narcisista tienden a identificar al niño consigo mismos, a considerarlo como un aspecto propio siempre que el niño coincida con los aspectos idealizados del propio yo-ideal. Pero cuando se muestra diferente a lo esperado, pasa a ser "el otro", "el extraño", "el no-yo". También, el niño puede ser el portador de lo propio rechazado de sí mismo.

"La parte clivada o alienada del yo es identificada con la lógica narcisista de los padres según la cual "todo lo que merece ser amado es yo, aunque esto venga de ti, el niño". "lo que reconozco como viniendo de ti, el niño, lo odio; además te cargaré con todo lo que no acepto en mí : tu, el niño serás mi no-yo". (9) Es decir, la lógica del yo del placer, el juicio de atribución, rige el vínculo en estos casos.

Muchas veces, en las consultas, madre o padre afirman que el niño es igual al otro progenitor, cuando hacen referencia a los aspectos rechazados. Pero si todo niño se identifica al padre y a la madre en ciertos rasgos, ¿cómo se puede sentir un niño que se siente rechazado por ser una suerte de reflejo de otro?. Si lo que se rechaza de él es aquel aspecto de la madre o el padre al cual se ha identificado, le resultará difícil entender esa sanción.

Es frecuente que, en los motivos de consulta, aparezca otro tipo de decepción : de los padres en relación a sí mismos. Han intentado diferenciarse de los propios padres, de no

repetir sus errores y se han reencontrado con lo temido. Esto resulta en una decepción en relación a las propias posibilidades de transformación.

Esto puede generar mucho enojo consigo mismo, por haber fallado al ideal de padre o madre, por haber traicionado un mandato o por sentirse atrapado en una identificación rechazada. Pero también puede generar mucho enojo con el hijo, en tanto éste puede ser vivido como el causante del fracaso.

Hablamos ya de la importancia de escuchar a los padres en las primeras entrevistas, de encarar la consulta como una apertura.

Considero que el psiquismo se constituye en base a vivencias, que es a partir del encuentro de lo pulsional con la realidad psíquica de los padres, que quedan inscripciones, marcas, que se organizan y reorganizan de acuerdo a ciertos criterios lógicos. Fantasías primordiales, modos de enlace entre las representaciones, tipos de pensamiento predominante arman caminos sobre la base de las huellas que dejaron las vivencias. Y entiendo que las vivencias con ambos padres dejan marcas privilegiadas, tanto las vivencias de placer como las de dolor.

En tanto la realidad fundamental para un niño es la realidad psíquica de sus padres, es imprescindible trabajar con esa realidad psíquica para posibilitar transformaciones en el niño mismo.

Si bien no creo que sea en todos los casos suficiente el trabajo con los padres, en tanto hay combinaciones y repeticiones que vienen dándose ya en la historia del niño y que éste tendrá que trabajar, pero pienso que es condición necesaria el que se realicen ciertas modificaciones que quiebren la repetición en la relación padres-hijos. Si en el transcurso del análisis, el niño repite con el analista trozos de su historia, pero también esa historia se está escribiendo dentro y fuera de la sesión, trabajar con los padres es fundamental.

¿Cómo trabajar con los padres? ¿Qué entendemos por trabajar con ellos?.

En primer lugar, ubicarse como psicoanalista con los padres implica escuchar todo su discurso sin establecer privilegios a priori, intentar el rastreo en su historia infantil, dirigirse a ellos, no para dar información acerca de lo que supuestamente le ocurre a un tercero, sino remitiéndolos a sus propias vivencias, sentimientos e ideas.

El trabajo con padres implica hacerles repensar su historia, poder encontrar los puntos de repetición, ayudarlos a diferenciar su propia historia de la del hijo, ir construyendo con ellos una representación diferente del niño y de ellos mismos como padres en un trabajo de deconstrucción-reconstrucción complejo.

No es un trabajo pedagógico. No somos maestros ni jueces. Nos ubicamos como analistas con ellos.

Permitirles armar el decurso de la entrevista, escuchar su sufrimiento, tener en cuenta el dolor que está presente en la consulta por un hijo, ayudarlos a recuperar su propia historia, pensar qué desencadenó en ellos la irrupción de este hijo en su vida, posibilitará que se abra un espacio para que el niño arme a su vez él su propia historia.

Frente a cada decir, deberemos ir transitando con ellos un recorrido en el que vayamos desarmando, en idas y vueltas, las vías de repetición.

Las entrevistas vinculares :

Tener algunas entrevistas del niño con la madre y del niño con el padre, así como algunas entrevistas familiares, puede resultar de gran ayuda en el marco del análisis de un niño.

Estas entrevistas nos permiten ir viendo, en el aquí y ahora, la repetición de estilos vinculares, de adjudicación de lugares, de modos de dirigirse a los otros.

A veces, aquello que los padres no podrían relatar, porque no lo han registrado concientemente, se hace evidente en el espacio analítico. Esto permite retomarlo y trabajarlo con ellos, posibilitando la asunción de determinaciones que de otro modo quedarían ocultas y tardarían mucho más tiempo en develarse. A veces, facilita también la conciencia por parte de ellos de algunos actos y gestos que permanecían opacos, invisibles o eran desmentidos.

Transferencias múltiples:

Transferencias y contratransferencias múltiples... El niño jugará con nosotros acercamientos y distancias. Cada uno de sus padres pondrá en juego sus propias y viejas historias en su repetición con el analista. Seremos ubicados como padres de ellos mismos, como atacantes externos, como jueces, y por momentos como el niño mismo. Repetirán con

nosotros los deseos e ideales que juegan con su hijo. Y esta repetición nos posibilitará ir desanudando, en la sesión con ellos, lo que se pone en juego con el niño.

Pero también nosotros, analistas, actuaremos, sentiremos, recordaremos con cada uno de ellos trozos de nuestra historia, rediviva en la relación transferencial con ese niño, con esa madre, con ese padre. Trozos diferentes de diferentes historias...

Así, pensar las transferencias de los niños es pensar en las transferencias de los padres, de los abuelos y también en las del analista.

Una viñeta clínica puede acercarnos algunas ideas:

Juan : Consultan por una fobia a los aviones y a los ascensores. Vienen el padre, la madre y el niño, de 9 años, a la primera entrevista. Juan los hace subir por la escalera, por lo que llegan agotados. El chico entra gritando, se tira en el diván diciendo que él no tiene por qué venir, que ellos son los locos, que él está bien, que le tiene miedo a cosas que dan miedo, que los aviones se caen, que los ascensores se caen y que él puede vivir sin subir a un ascensor ni a un avión. Que ellos son idiotas y por eso no se dan cuenta y que no va a volver. Los padres me cuentan que en el verano hicieron un viaje, pero que a último momento, Juan no quiso subir al avión y se quedó con los abuelos. A través de entrevistas con los padres se va planteando el siguiente cuadro familiar: toda la familia depende, laboralmente, del abuelo paterno, quien descalifica a los padres delante del niño. Este hombre, que ocupa una encumbrada posición económica y detenta un gran poder, tiene fobia a los aviones, justificándola como temor lógico a máquinas peligrosas. Él supone que los temores del niño se deben a su inteligencia y se ha enfurecido con los padres por la decisión de éstos de consultar. Trabajo con los padres la dependencia de este abuelo, que aparece como el padre de la horda primitiva. En él se ha delegado la paternidad. ¿Por qué niño consultan, qué temores los agobian?. ¿Quién es ese niño en esa familia, heredero directo del abuelo?. Una herencia en la que se da al padre por inexistente, muerto. La reasunción por parte de los padres de sus funciones, la apropiación de su historia, abre nuevos caminos. Pero esto sólo es posible cuando se reeve el recorrido identificatorio, cuando se ponen en juego las certezas, cuando se va reubicando cada uno de ellos en la trama familiar, desde una posición activa.

Hay que tener en cuenta que con los padres soportamos múltiples transferencias. Pero también nosotros transferimos sobre ellos nuestros propios temores, fantasías, historias...

Cada uno de ellos evocará en nosotros pedazos de nuestra historia, imágenes de nuestra infancia, de los padres propios y ajenos, y también de los padres míticos y terroríficos. Registrar qué nos ocurre a nosotros en las entrevistas, a quién le hablamos, qué afectos despiertan en nosotros los padres, nos permite diferenciar nuestra conflictiva de la de ellos, sin actuar nuestras propias transferencias.

El trabajo psicoanalítico con los padres es siempre posibilitador. Ya sea que trabajemos sólo con ellos, o preferentemente con ellos, ya sea que pongamos el acento en el trabajo con el niño, las entrevistas con los padres allanan el camino de la cura.

A la vez, complejizar y subjetivar son metas de todo análisis, no sólo con los niños sino también con los padres.

Quizás perdernos, reencontrarnos, acompañar al niño y a su familia en los movimientos de idas y vueltas, de encuentros y desencuentros, de silencios y gritos, será el camino que haga posible el análisis de un niño.

Green, André: (2000) *La diacronía en psicoanálisis* - pág. 49. Buenos Aires, Amorrortu Ed.

Mannoni, Maud : *El niño, su enfermedad y los otros*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1982.

Janin, Beatriz - "Modalidades de abordaje en psicoanálisis de niños, su relación con la teoría de la constitución del aparato psíquico." En *Revista Argentina de Psicología* N°29. 1980.

ⁱ En Revista "Cuestiones de Infancia" N°9. Año 2005.

ⁱⁱ Freud, S.; "Sobre la iniciación del tratamiento" (1911); en *Obras Completas*, Tomo XII; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976; p. 125.

ⁱⁱⁱ Freud, S.; *Op. Cit.*; p. 126.

^{iv} La psicopatología infantil presenta particularidades: los niños combinan diferentes funcionamientos y varían con facilidad de uno a otro. Es muy frecuente que lo que presenten no sean estrictamente síntomas, sino trastornos en la estructuración psíquica, en un recorrido estructurante y reestructurante. Trastornos que son efecto de movimientos defensivos, deseos contradictorios, prohibiciones, identificaciones, externos-internos al aparato psíquico del niño. Esta idea está más desarrollada en: Janin, Beatriz: "Los trastornos tempranos en la estructuración del psiquismo: la historia vivencial". En *Cuestiones de Infancia* N° 3. Octubre 1998.

^v Aulagnier, Piera; *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984; p. 175.

^{vi} Aulagnier, Piera; *Op. Cit.*; p. 176.

^{vii} Janin, Beatriz; "Repeticiones, decepciones y reencuentros de padres a hijos"; en *Actualidad Psicológica* N° 310; Buenos Aires, julio de 2003.

Janin, Beatriz; "Modalidades de abordaje en psicoanálisis de niños, su relación con la teoría de la constitución del aparato psíquico"; en *Revista Argentina de Psicología* N°29, Buenos Aires, 1980.

Janin, Beatriz; "Los padres, el niño y el analista. Encuentros y desencuentros."; en *Cuestiones de Infancia* N° 9; Buenos Aires, Abril de 2005.

^{viii} Aulagnier, Piera; *Op. Cit.*; p. 178

^{ix} Winnicott, Donald; *Clínica Psicoanalítica Infantil*; Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1993. "Introducción".

^x Freud, S.; "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)" en *Obras Completas*, Tomo X; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976; p. 21.

^{xi} Janin, Beatriz, Niños desatentos e hiperactivos. Reflexiones críticas sobre el trastorno por déficit de atención con y sin hiperactividad (ADD/ADHD). Editorial Novedades Educativas. Buenos Aires, noviembre 2004. Reedición, octubre 2005.

Janin, Beatriz El ADHD y los diagnósticos en la infancia: la complejidad de las determinaciones. Cuestiones de Infancia N° 11. Abril de 2007.

Janin, Beatriz, La medicalización de los niños o cómo silenciar la infancia; en Revista Topía Año XVII N° 49, Abril-Julio 2007

Janin, Beatriz, La construcción de la subjetividad y los diagnósticos invalidantes. En Novedades Educativas: “La Atención y el Aprendizaje. Niños inquietos: ¿Actividad o Hiperactividad?”. Buenos Aires, Abril del 2007.

Janin, Beatriz, Niños desatentos e hiperactivos. Algunas reflexiones. En Actualidad Psicológica, Buenos Aires, junio 2006.